

egecutarse ahora mismo. Dispuso unas procesiones generales, en que, acompañado de todos los ciudadanos, cubierto con una capa pluvial de color lúgubre, con un dogal al cuello, y en las manos un Crucifijo que regaba con sus lágrimas, anduvo con los pies descalzos casi toda la ciudad, pisando el yelo y la nieve que estaban llenas las calles. Tropezó en un clavo que se le introdujo en un dedo pulgar, de modo que le levantó la uña, y le causó tan fuertes dolores, que faltó poco para obligarle á caer en tierra; pero no quiso detenerse, ni permitió que se le curase la herida hasta que se concluyeron todas las ceremonias. Se habia ofrecido como una víctima pública por todos los pecadores, considerándose á sí mismo como el mayor de todos ellos; se regocijó al ver que la efusion de su sangre daba cierta realidad al sacrificio, y pidió fervorosamente, que, contentándose la divina Justicia con la vida del pastor, se dignase perdonar al rebaño. Entretanto se deshacia en lágrimas la multitud, pedia misericordia, y se revestia de todos los sentimientos de compuncion que era capaz de inspirar semejante espectáculo.

No pudo resistir la ira del Todopoderoso á una humillacion tan extraordinaria. Habiendo hecho al mismo tiempo un voto público á San Sebastian, cuya invocacion ha sido siempre muy útil contra las enfermedades pestilenciales, fue calmando poco á poco el contagio, y luego cesó enteramente, despues de haber durado de quince á diez y ocho meses. Se halló que habian muerto en la ciudad diez y ocho mil

personas, y ocho mil en lo restante de la diócesi, y hubo ciento treinta y cuatro mártires de la caridad, á saber, dos jesuitas, dos bernabitas, diez capuchinos y ciento veinte sacerdotes seculares.

Establecido el santo arzobispo en la ciudad, quando era mayor la fuerza del contagio, acudió con su asistencia personal á los pueblos, luego que se aumentó en ellos el peligro, manifestando de este modo que un obispo es deudor de su persona á toda su diócesi, y que está obligado á arreglar su conducta á las necesidades mas ó menos urgentes que pidan su asistencia. A fin de interesar y animar á los ministros de las cosas santas, habia prometido formalmente asistir por sí mismo en la hora de la muerte á los que fuesen acometidos del contagio. Visitando á los apesados que estaban dispersos por el campo, supo que estaba contagiado el cura párroco de la iglesia de San Rafael, y sin detenerse un instante se dispuso á ir á administrarle los sacramentos. Se le manifestó entonces con mas eficacia que nunca, que era deudor de la conservacion de su vida á todo su rebaño, y que exigia la misma justicia que tratase de ponerse en salvo, y de no arriesgarse á morir por una persona particular. Al mismo tiempo le presentaron un sacerdote que estaba dispuesto á desempeñar aquel ministerio. El cardenal, que tenia ya en la mano el santo Viático, oyó todo lo que quisieron decirle, dió gracias por el afecto que le mostraban; „pero es obligacion rigurosa de un obispo (continuó con firmeza y resolucion) hacer, á lo menos por el buen ejemplo,

lo que la amistad os hace mirar con otros ojos. Si el primer pastor se muestra consternado, ¿cuáles serán los subalternos que no tiemblen y huyan vergonzosamente?" Administró los sacramentos al enfermo, y se estuvo á su lado hasta que espiró, aunque olía tan mal el cuarto que no había quien se acercase á él.

Lo mismo hizo con otros dos párrocos de fuera de la ciudad, y generalmente con todos los sacerdotes que se hallaron en peligro; y bautizó á muchos niños recién nacidos que encontró en muchas chozas inficionadas. Aunque parecia que el contagio era un motivo para eximirse de conferir la confirmacion, mostró Carlos mas actividad que nunca en administrar este sacramento, como que fue establecido para asegurar á los cristianos en la fe, y defenderlos de los peligros de la salvacion. Le administró de puerta en puerta, así en la ciudad como en los pueblos, sin hacer distincion entre las casas sanas y las inficionadas. Habiendo llegado á una casa de campo, cayó muerta á sus pies una persona á quien acababa de confirmar, sin que mostrase el Santo la menor sorpresa, ni dejase de continuar ungiendo á los demás. En otra ocasion cogió con sus propias manos á un niño, cuya madre habia muerto teniéndole al pecho, á fin de libertar la vida, si era posible, á aquel inocente abandonado. Sin embargo de que su caridad era magnánima, nunca pareció temeraria. Cuando habia comunicado en estos términos con los apestados, se abstenia despues por algunos dias de toda

comunicacion con las personas sanas, y llegaba al extremo de servirse á sí mismo por no comunicar el mal á sus familiares. Mientras duró esta calamidad no hubo que echarle en cara ninguna de aquellas indiscreciones que son bastante comunes en el ardor de la piedad, siendo tan digna de elógio su caridad como su prudencia, de suerte que se dudó si la ciudad y diócesi de Milán debian su conservacion á la prudencia ó á la caridad del Santo.

21. El estado de la Francia continuaba fijando la atencion de la política y de la religion. Enrique III, en vez de conservar la paz en su reino, segun los consejos que habia recibido de los Príncipes mas prudentes al volver de Polonia, agrió á todos los partidarios que le tenian dividido, ó les inspiró desconfianza con su conducta inesplicable, con los procedimientos sospechosos de la inconsecuencia y de la mala fe, y volvió á sumergir á sus pueblos en los horrores de la guerra civil (1). Lo mas extraño fue, que este Monarca, famoso por su valor á la edad de veinte años, no se dignó ni aun de presentarse delante de sus egércitos. ¿Y en qué se ocupaba, cuando tenia sobre sí todos los asuntos de la guerra y de la rebelion? En levantar á las puertas de las iglesias de la capital unos oratorios á que se daba el nombre de paraísos, adonde iba todos los dias, ya á unos ya á otros, á hacer oracion y dar limosnas, con un gran rosario en la mano, olvidándose de sus adornos y de sus modales afectados, é impidiendo que asistiesen las mugeres,

(1) *Diar. de Enriq. III.*

á las cuales sabia buscar muy bien luego que se acababan estas devociones. Mientras de duró una manía tan extravagante, dió un banquete en que servían á la mesa las damas vestidas de hombres con telas de color verde; y la Reina, digna émula de tal hijo, dió otro banquete en que sirvieron á la mesa las gracias de la corte medio desnudas y con el cabello suelto. Al mismo tiempo corria Enrique públicamente la sortija, vestido de amazona, y bailaba en las máscaras en traje de doncella, con pendientes y un collar de perlas. Solo diré una palabra acerca de mil extravagancias que contribuyeron á hacerle despreciable, tanto como el desarreglo de sus costumbres. Aprendia á declinar ó á esplicar algunas reglas de gramática con la misma seriedad con que pudiera haber recibido la mas solemne embajada. Tenia tal pasion por los perrillos, que recorria las calles, las casas y los monasterios de París y de sus cercanias, y recogia tan gran número de ellos que llenaba su coche ó carroza. Pero lo que le hizo sumamente odioso fue el tropel desenfrenado de aquellos favoritos sospechosos, á quienes se dió el nombre de Meninos. Fueron inútiles todas las representaciones, quejas y pasquines, entre los cuales se fijó el siguiente en la puerta del Louvre: „Enrique, por la gracia de su madre, Rey inútil de Francia y de Polonia, mayordomo de fábrica de San German de Auxerre, guardian de las cuatro órdenes mendicantes, peluquero de damas y meninos, presidente de tocadores y estúfas.”

No tuvo limites el desprecio y la insolencia entre

los principales partidarios que estaban con las armas en la mano. A Montbrun, autor de las primeras hostilidades á favor del calvinismo, se le intimó, en nombre del Rey, que entregase algunos prisioneros, y él respondió en estos términos: „¿qué es eso? ¿Me escribe el Rey como amo? Pues sepa que esto puede hacerse muy bien en tiempo de paz; pero cuando se está con espada en mano y pistola en arzon, todos somos iguales.” Cayó Montbrun en poder de los realistas, y espizó su insolencia con la muerte, aunque sin ningun escarmiento de los rebeldes, porque cuando los atentados contra la magestad de la diadema llegan á este estremo por culpa de los mismos que la ciñen, no hay fuerzas capaces de repararlos.

22. El único recurso de Enrique y de su madre fueron las negociaciones, las conferencias y los tratados capciosos de paz ó de treguas, así con los religionarios, como con otro partido que se formó por aquel mismo tiempo, bajo la direccion de los Montmorencis, al que se dió el nombre de los descontentos y de los políticos. Por último, para conciliar tantas pretensiones inconciliables, se determinó que se juntasen las córtes en Blois; pero esto despues de haber ajustado con los religionarios un tratado de paz que les concedia mas que cuantos se habian celebrado hasta entonces.

23. Esta es la materia del quinto edicto de pacificación, dado en el mes de Mayo del año 1576, á favor de aquellos novadores sediciosos. De sesenta y dos artículos que contiene, solo habia uno que

podiese desagradarles, el cual mandaba precisamente que el calvinismo se llamase en los documentos públicos: *religion que se atribuye el titulo de reformada*. Por lo demás se les permitia edificar templos en todo el reino, á escepcion de París y de dos leguas en contorno, como tambien celebrar sus sínodos, con tal que asistiese á ellos alguna persona en nombre del Rey. Se los volvía á poner en posesion de sus bienes y dignidades; se rehabilitaba la memoria del almirante Coligny, y de los demás gefes principales de la secta, y declaraba el Rey que no habia tenido parte en las crueldades del dia de San Bartolomé. Se prohibia inquietar á los clérigos y frailes que se habian casado; se reconocia á sus hijos por legítimos y hábiles para suceder en los bienes muebles y gananciales, y en cuanto á los demás, podian heredarlos igualmente, obteniendo cartas de legitimacion, las que no se les negaban, como se vé por el gran número de las que se despacharon. En fin, por este edicto notable se les concedieron tribunales, compuestos por mitad de jueces católicos y calvinistas, para que sus causas fuesen instruidas y juzgadas por personas de su religion.

24. Este edicto fatal fue el que dió origen, ó por mejor decir, el que dió el primer impulso á la famosa liga, ó llámense comunidades, proyectadas mucho tiempo antes, y formadas insensiblemente en el seno de una trama tan tenebrosa. Se habian visto ya en las provincias, y aun en la corte, algunas ligas particulares entre varios católicos, que, asustados al ver las

gracias que, por una especie de violencia, concedia la corte á los calvinistas reunidos, se unieron tambien por su parte para contrapesar el influjo que iban adquiriendo, y sostener su religion contra las resultas de una condescendencia escesiva. Pero además de que estas confederaciones eran poco considerables en sí mismas, no tenian un centro de reunion ni un régimen seguido. Se necesitaba una cabeza que fuese el alma única de un cuerpo tan estenso como el reino, que por lo menos pusiese en movimiento á todos los católicos, y viniése á ser como un nuevo Rey, mas poderoso que el que tenia el nombre de tal. El duque de Guisa, hijo del que habia sido asesinado en el sitio de Orleans, se lisongeaba con la idea de este proyecto atrevido, cuyo autor habia sido su tio, el cardenal de Lorena, cuando la muerte de este prelado suspendió su egecucion, sin que por esto le abandonase su sobrino. Estaba espiando continuamente el momento de manifestar sus ideas con toda seguridad, mancomunando los intereses de su casa con los de los católicos, y creyó que nunca podia hallar ocasion mas favorable que la que le presentaba el descontento general con motivo del último edicto.

No contentos los parisienses de todas clases con hablar en sus conversaciones ociosas acerca de los asuntos del estado y de la religion, tuvieron juntas clandestinas, en las que trataban de esta materia con toda formalidad. Habiéndoles dado los calvinistas el egeemplo de obligarse con juramentos y suscripciones á defender la causa comun, creyeron que no tenian

menos derecho que ellos tratándose de conservar la antigua religion del reino. Desde la capital se extendió esta práctica á las provincias (1). El acto mas antiguo y completo que nos ha quedado en este punto, es el de Picardia; pero el origen de aquella trama sediciosa fue mas bien la política, ó por mejor decir, el interés particular, que el de la religion. Humieres, gobernador de la provincia de Picardia, era enemigo del Príncipe de Condé, el cual por una cláusula expresa de la última paz, debia sucederle en aquel gobierno. El mejor medio que pudo discurrir para cerrarle la entrada, fue interesar á la nobleza en su propia suerte y fortuna, con pretexto de no permitir ninguna cosa que pudiese perjudicar á la fe. Dispuso, pues, una fórmula de juramento, y la presentó á los nobles, los que no tuvieron dificultad en firmarla, porque casi todos ellos eran buenos católicos, y estimaban mucho á su gobernador. De este modo principió la santa union, ó la liga, que habiendo tenido su cuna en la Picardia, segun los monumentos mas seguros, se extendió en poco tiempo por todas las provincias del reino.

35. Esta concordia memorable estaba concebida en los términos siguientes (2): „En el nombre de la Santísima Trinidad, nos obligamos á sacrificar nuestros bienes y nuestras vidas por el buen éxito de la santa union, y á perseguir de muerte á los que intenten oponerse á ella. Cualquiera que la abraza, estará

(1) *Thou*, l. 63. = *Davil*. l. 8. (2) *Mem. de Marguer.* t. 1. = *Dupleix*, t. 3. p. 207.

bajo su proteccion, y en caso de que sea molestado, tomaremos su defensa, recurriendo á las armas, si fuese necesario, contra todo género de personas. Si alguno la abandonase despues de haber prestado juramento, será tratado como rebelde y refractario á la voluntad de Dios, sin que sea lícito incomodar en ningun tiempo á los que hayan contribuido á su castigo. Se elegirá á la mayor brevedad un gefe, á quien deberán obedecer todos los confederados, y los que se nieguen á ello serán castigados al arbitrio de éste. Haremos todos los esfuerzos posibles para buscar partidarios, armas y todas las fuerzas necesarias á la santa union. Los que se resistan á abrazarla, serán tratados como enemigos, y perseguidos á sangre y fuego. Solo el gefe decidirá en las desavenencias que puedan suscitarse entre los confederados; de suerte que sin su licencia no podrán recurrir á los magistrados ordinarios. De este modo se establecia un segundo Monarca, en cuya presencia venia á ser el primero un Rey imaginario.

26. Divulgaron por Italia, y aun en la corte de España, unos escritos en que se daba mayor estension al atentado, supuesto que proponian al duque de Guisa por gefe de la liga, obligando á los católicos á reconocerle como tal con juramento; y no solo le representaban como el vasallo mas digno de esta distincion por su talento, por su valor y por su afecto á la fe hereditaria de su casa, y como el único general hábil que no habia tenido jamás conexiones con los calvinistas, sino que aseguraban que era

descendiente de Carlo-Magno, y trataban á los Capetos de usurpadores, castigados visiblemente con la maldición divina, pues unos habian sido privados del juicio y de todo sentido, otros habian padecido un cautiverio infame, y la mayor parte de ellos enervados y reducidos á una languidez vergonzosa, habian muerto en la flor de su edad sin dejar sucesores. „En aquellos reinados calamitosos (se decia con una malignidad acomodada á las circunstancias) infestaron el reino los maniquéos, los albigenses, los pobres de Leon, y todo género de impíos y sacrílegos. Hoy dia llegará la calamidad al mas alto punto, mediante la paz y el favor que indignamente se ha concedido á los hugonotes, si no se aprovecha esta ocasion para restituir el cetro á la posteridad de Carlo-Magno.”

27. En consecuencia decretaban los comuneros, que en toda ocasion, y así en el púlpito como en el confesonario, levantarían el grito los eclesiásticos contra los privilegios concedidos á los sectarios, y escitarían al pueblo á impedir que gozasen de ellos; que tomarían sus instrucciones de los preladados, y éstos del duque de Guisa, el cual se cargaría con toda la odiosidad de la empresa, y sacrificaría su persona en ódio á los religionarios, para que así fuese mas apreciable á los católicos. Convinieron tambien en celebrar córtés en Blois, ciudad abierta é indefensa; en no elegir en las provincias sino diputados ciega-mente adictos al Papa y á la fe católica; en levantar tropas, entre las cuales debia haber cierto número de soldados que se obligarian con juramento á hacer

puntualmente cuanto se les mandase, y en hacer que estuviesen prontas en las inmediaciones de Blois, con las que se tomasen de los países estrangeros, á fin de dar á la solicitud todo el peso conveniente. Si alguno se opusiese á las resoluciones de las córtés, en caso de que fuese un Príncipe de la sangre, se le declararía inhábil para ocupar el trono; y á cualquiera otra persona, por distinguida que fuese, se la castigaria de muerte. Se acordó tambien, que era necesario apoderarse del heredero presuntivo de la corona, esto es, del último hijo de Catalina, y formarle causa como á reo de lesa Magestad divina y humana, por haber obligado al Rey, su hermano, á conceder unas condiciones favorables á los hereges: despues de lo cual haría condenar jurídicamente el duque de Guisa á todos los cómplices de aquel Príncipe, y en seguida encerraria al Rey en un convento, con aprobacion del Papa, para que pasase allí el resto de sus dias, como hizo antiguamente Pipino con Childerico.

La inconstancia de Enrique III fue la que obligó al duque de Guisa á llegar á este extremo, ó por lo menos á acelerar su desercion. Le habia amado en otro tiempo, y le dijo un dia abrazándole con cariño, y aludiendo al matrimonio que habia esperado contraer este Príncipe con Margarita de Valois: „¡Ojalá fueses mi hermano!” Pero al volver de Polonia este Monarca inconstante, le trató con mucha indiferencia. La misma frialdad encontró Guisa en el hermano del Rey y en el Rey de Navarra, cuya amistad solicitaba entonces. Viendo, pues, que nada tenia que

esperar de la corte, donde por el contrario no perdian ocasion de mortificarle, recurrió al favor popular, ya que tenia tan grandes disposiciones para captarle. Era un héroe que no conocia dificultades ni peligros, tenia treinta años y no habia en el reino otro tan versado como él en el arte militar; se habia hecho célebre con prodigios de valor y de talento, así en la defensa de las plazas, como en las batallas campales; llamaba la atencion de toda la Francia, y se puede decir que tenia encantados á los pueblos, los cuales idolátraban en él. Su aspecto, su estatura y el aire de su cuerpo, semejantes á la pintura que se hacia de los héroes, la hermosura de su cara, ennoblecida mas bien que desfigurada con la herida que habia recibido en el seno de la victoria, por cuya razon se le dió el renombre de *acuchillado*, su continente grave, y al mismo tiempo lleno de agrado y afabilidad, inspiraban amor y respeto, confianza y reserva, y una especie de veneracion religiosa.

Habia ya mucho tiempo que los franceses miraban como inseparables los intereses de su casa y los de la Religion católica, confirmándolos él en esta preocupacion con gran facilidad, porque todas sus virtudes eran brillantes, y sus vicios estaban cubiertos con una disimulacion tan profunda, que al parecer no tenia otro carácter que la franqueza y la ingenuidad. Aunque era atento, afable, popular, y se mostraba siempre pronto á favorecer á los que recurrían á él; aunque participaba de las incomodidades de la guerra del mismo modo que el último soldado, y era

tan liberal que todos sus bienes eran de sus amigos y de sus hechuras, é incapáz de hacer mal, aun á sus mayores enemigos, como no fuese por los medios que dicta el honor; sin embargo, solo pensaba en sí mismo, á nadie amaba de veras, y únicamente hacia bien á los que le parecían mas adictos á su persona, para lograr así los fines de su ambicion, que acaso fue la mas insaciable que se ha conocido jamás. Pero siempre impenetrable, aun en su inclinacion á las mugeres, de la cual se aprovechaba con destreza para sus designios políticos, era amado y adorado del comun de las gentes, y por lo menos causaba admiracion á los que no le amaban. Era un enemigo tanto mas terrible para Enrique III, cuanto en el Monarca no se encontraba ninguna de las cualidades que brillaban en su vasallo y rival, que era activo, inalterable y determinado, incapáz de ceder, ni aun á los respetos del trono, y menos peligroso por sus ataques regulares, que por su temeridad y presuncion en caso de experimentar algun revés.

28. Todo se ejecutó á satisfaccion del duque en la asamblea de las còrtes, ó á lo menos en las resoluciones que se tomaron en consecuencia de ellas. Se revocó el último edicto, tan favorable á los reformados, se prohibió el ejercicio de su religion, y se mandó á sus ministros que saliesen del reino. Despues de esto firmaron la liga los diputados. Viendo el Rey el peligro de esta segunda soberanía que iba á establecerse en Francia, hizo que se le declarase jefe de ella; y amansado de este modo aquel mónstruo,